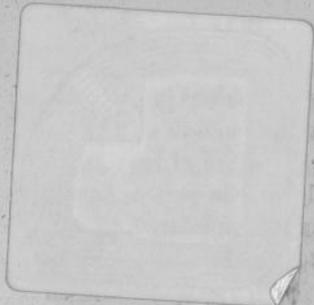


V
C^a 16005-3



15

DEL ESTADO

DE LAS DOCTRINAS CRITICAS EN ESPAÑA

EN LO RELATIVO A LA COMPOSICION POETICA.



Quando va á tratarse someramente y de paso en el artículo que sigue del estado de la crítica literaria en España y en el día presente, el intento del autor es hablar de las doctrinas dominantes, y no de las aplicaciones que de ellas suelen hacer los críticos juzgando los trabajos de sus contemporáneos. En estas últimas, por razones que no es del caso examinar ahora, está dado al olvido todo principio de justicia, reduciéndose los fallos á elogios triviales y exagerados de que por fuerza han de reirse en su interior los mismos que los pronuncian. Con suministrar tan abundantemente el manjar de la alabanza á tal punto está excitado el apetito voraz de los autores, que al recibir dosis razonables las miran como una cantidad mezquina comparada con la que se les debe. Ni se hable de mezclar la desaprobacion con el elogio, ni de dar al segundo cierta índole y formas por donde, si bien aparece un meditado juicio, pierde gran parte de sus extremos de lisonja; porque aun esto último disuena al elogiado, y en cuanto á lo primero, lo juzga

C. B. Nov. 1879

nacido de negra envidia ó de enemiga personal, no concibiendo posible que puedan acompañar tachas fundadas á alabanzas justas, dándoles realce y mas valor verdadero. Asi, en la rara ocasion en que un crítico se arroja á dar su fallo un tanto severo, no sobre el todo, sino sobre parte de una composicion, aun señalando en ella perfecciones á la par con lunares, pasa ó por envidioso, maligno y mordaz, ó cuando menos por descontentadizo y desabrido. Algunos, con todo, arrostran los inconvenientes de esta empresa, pero pagan la pena de su atrevimiento; y sin contar al autor de estos renglones, que mas de una vez ha oido calificar de amarga censura juicios suyos donde no escaseaba el elogio, si bien no sin mezcla de desaprobacion, podria citar á algun otro contemporáneo á quien acarrea ódios acerbos su loable empeño de no alabar á bulto (1).

Dejando aparte estas miserias de nuestra situacion, las cuales son las de la humana naturaleza, en vez de contenida, avivada y estimulada en sus malos apetitos, bien será pasar á la materia, que lo es del presente breve y superficial trabajo.

En cierto modo puede decirse, que en el siglo XVIII nació en España la crítica literaria y poco antes habia nacido ó llegado á verdadera vida en otras naciones. Bien es verdad que en los siglos XVI y XVII, cuando habia quienes escribiesen bien, no faltaban quienes tratasen de juzgar sus escritos; pero se hacia con harto menos feliz fortuna lo segundo que lo primero. Los modernos sevillanos, guiados por un amor apasionado á las glorias de su provincia ó de su ciudad, han pretendido dar á los comentarios de Hernando de Herrera sobre Garcilaso el valor de una buena obra crítica, la primera de su clase en nuestra lengua. Cierto es que en los comentarios hay algunas observaciones atinadas y tal cual tacha puesta á palabras usadas por el autor comentado, como tambien indicaciones de imitaciones hechas por Garcilaso de poetas de la antigüedad; pero todo ello mas tiene de erudito que de crítico, segun costumbre de aquellos dias. Menos encajamiento ha merecido el comentario de García Coronel del Polifemo de Góngora, y menos merece en realidad, aun no tomando en cuenta el precio inferiorísimo de la composicion á que está destinado; pero si se queda bastantes puntos mas abajo del de Herrera, bien mirado, es

(1) Sin aprobar ni desaprobar varios juicios literarios de D. Manuel Cañete, bien puede afirmarse que es escandaloso oírle tachar de enemigo de autores á quienes ha colmado de alabanzas, aunque encontrando en sus obras algunos lunares.

R-1247141

trabajo de la misma clase. De ella hay algunos mas en nuestra literatura antigua, á la par con otros juicios á los cuales mal puede honrarse con el título de críticos, aunque en cierto modo aspiren á juzgar las obras al encomiarlas. Las aprobaciones de que van precedidos nuestros libros antiguos, casi todas ellas ridículas, aun las de la mejor edad de la literatura castellana, y las que no ridículas secas y vagas, juicios son en algun modo, si bien su nombre declara que aprobar y no otra cosa es su objeto.

No asi cuando D. Ignacio de Luzan escribió su arte poética, donde ya es otro el criterio y la crítica, pretende reconocer leyes á las cuales ajusta sus fallos. Poco despues, era crítico á menudo muy atinado, Feijoó, pero como de literatura dijo muy poco, y esto con escaso acierto, solo sirvió á los principios literarios en cuanto promovió el espíritu de exámen cuya jurisdiccion á todo alcanza. Luzan es francés puro, segun la escuela del siglo de Luis XIV llamada clásica y solo en algo digna de su nombre; pero, asi y todo, señaladamente en sus juicios sobre las comedias antiguas castellanas, mostró un tanto de sutileza y bastante de buen juicio, todo ello con arreglo á los dogmas de su fé literaria, no la mejor pero mas distante aun de ser mala del todo.

Crítico de la misma escuela fué D. Agustin Montiano y Luyando en los prólogos antepuestos á sus malas tragedias. En el Diario de los literatos y en una ú otra obrilla de mediados del siglo XVIII se leen juicios dados, ajustándose á las leyes entonces dominantes.

El reinado de Carlos III vió los famosos periódicos titulados *El Censor* y *El Apologista Universal*, donde, si mas se trataba de otros asuntos que de los puramente literarios, á estos se prestaba atencion asimismo. Aunque la fé de estos periódicos en materias filosóficas no era la francesa del siglo de Luis XIV, sino la de la Francia filosófica de los dias en que iban saliendo á luz, poco ó nada innovaron en punto á literatura, porque Voltaire y sus discípulos acertaron á viciar el gusto clásico y no á sentar la crítica en la teórica ó en la práctica sobre fundamentos nuevos.

Reinando Carlos IV, si hubo alguna decadencia en los escritores, no asi en los críticos. Entonces varios periódicos contenian artículos donde se juzgaban las obras antiguas y modernas con mas que mediano acierto. Pero seguia la costumbre de juzgar en la composicion las formas mucho mas que el alma, y de dar por sentado que no habia de las primeras otras que unas buenas y adaptables á todo tiempo y pais

á toda religion, á todo gobierno, á todo clima; en una palabra, á los hombres todos, los cuales sin embargo difieren entre sí tanto cuanto se diferencian la tierra en que viven, los usos á que se conforman, lo que oyen en la niñez, lo que en la edad adulta conciben, el efecto que en ellos hacen los objetos externos cuya contemplacion, sintiéndolo ellos, ó no, los ocupa; en suma, sus pensamientos y afectos, no solo bebidos en el estudio de la literatura, sino sacados de todo cuanto los rodea y vá penetrando por donde quiera en su mente.

Notábase entonces una diferencia entre la crítica científica y el juicio del vulgo en cosas en que este último tiene alguno y no liviano peso. Sirva de prueba de lo que acaba de decirse el teatro. Cuando segun los dogmas dominantes, eran nuestras comedias antiguas composiciones monstruosas donde tal cual acierto mal redimia ó apenas compensaba el capital defecto de la forma dada á la composicion entera, acudia numerosa concurrencia á ver y celebrar las mismas piezas representadas, cosa que hoy no sucede á pesar de haber recobrado Calderón, y aun los dramáticos sus secuaces, un altísimo grado de estima en el concepto de los críticos de mas valimiento. Asi discordaban el voto del público y el de los doctos en el ramo mas popular de la poesía.

Entonces cabalmente Quintana en sus juicios críticos, publicados, asi en las *Varietades de ciencias, literatura y artes* como en su introduccion á las poesías selectas castellanas por él recopiladas y dadas á luz, y en otros ligeros trabajos, se distinguia como crítico eminente para su tiempo y su patria. Eralo en efecto, si bien respetando aun la fé antigua y no lanzándose á la region apellidada trascendental; pero sin embargo, á veces, á algo mas que á las formas miraba al examinar y juzgar las producciones literarias y tambien se hacia cargo de la existencia de una poesía popular distinta de la académica ó científica; de todo lo cual dan testimonio su juicio de las poesías publicadas con el nombre del bachiller Francisco de la Torre, puestas en cotejo con las de Quevedo, y el que hace de los romances antiguos, entre otros no tan notables.

Anduvo el tiempo, y mudó de faz el horizonte literario de Europa. Apareció la crítica alemana con su novedad y con sus rarezas pero introduciendo en la region de las ideas muchas, asi como nuevas y sùtiles, ciertas cuanto serlo cabe. En Francia, Barante, con cierto encogimiento y mesura, y Madame de Stael y Benjamin Constant, con algun mas atrevimiento se declaraban cismáticos si ya no heresiarcas en la

Francia literaria cuya fé era clásica tan pura. La Revista de Edimburgo, muy leída también, abogaba por doctrinas poéticas de las cuales resultaba no ser las máximas críticas llamadas clásicas reglas inflexibles é inflexibles.

Corría el año de 1818 cuando en España un alemán eruditísimo en nuestras letras castellanas, y además ingenioso y nutrido en la filosofía y el gusto de su tierra propia, promulgó en nuestra patria las máximas críticas de los alemanes, tan extremadas cuanto en sí lo son, y con arreglo á ellas dió á Calderon excesivos elogios. Salieron contra él á sustentar la causa de la fé clásica francesa y española moderna, don José Joaquin de Mora, de grande ingenio y vasta instruccion y el autor de estos renglones. Riñose bien la disputa, cantando cada cual victoria por su parte, si bien ha sucedido después á quien este artículo escribe convertirse de la causa que entonces defendía á otra diferente, aunque no del todo contraria; linage inocente de apostasía en que no pudiendo suponerse la conversion hija del interés, se admite lo que en la política y en la religion suele negarse; á saber, que el hombre convencido por ciertas razones puede llegar á creer ídolos vanos los mismos que algun día miraba como imágenes de la deidad verdadera.

Al cabo Francia misma llegó á admitir como gusto bueno aquello que poco antes repugnaba calificándolo de corrupcion abominable. Lamartine componiendo, Victor Hugo haciendo lo mismo y á la par dogmatizando, y otros siguiendo sus huellas á tal punto trocaron la faz del mundo poético y crítico que entre el mayor número de autores y jueces, sino entre todos, llegó con el nombre de romanticismo á pasar por verdad sagrada la antes reputada mentira abominable, por hermosura lo antes apellidado fealdad, y por regularidad insúlta lo antes declarado único puro tipo de belleza.

Esto pasaba allende los Pirineos, y sin embargo de comunicarse de allí á España los usos y las creencias con pasmosa rapidez, pasaron dias antes que autor alguno español siquiera hiciese mencion de las novedades que fuera de su patria corrían con aceptacion nueva. Martinez de la Rosa publicó sus obras sin que en las notas á su arte poética se diese cuenta, ni aun para refutarlas, de las doctrinas que en lo demas del mundo iban privando. Hermosilla en su arte de hablar se mostró aferrado á la escuela antigua, sin dignarse de honrar á la nueva con una desaprobacion donde se viese tenerla en algo. Igual conducta seguían Reinoso y Lista en sus opúsculos críticos.

Vino de súbito á cambiarse esta situacion. El prólogo del *Moro*

expósito del duque de Rivas sentando una teórica nueva; el poema mismo poniéndola en práctica; el *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, del autor acabado de citar, produccion de la novel ó renovada forma oida al principio con estrañeza, y recibida al fin con justo aplauso; el *Trovador* de García Gutierrez, desde luego aplaudido, y otras varias composiciones que siguieron, así dramáticas como cortas, y entre estas últimas varias á las cuales no cuadra término alguno de los de la antigua nomenclatura, completaron la mudanza empezada en cierto modo por Martínez de la Rosa en su *conjuracion de Venecia*, recibida por el público con aceptacion suma, obra de innovacion tímida al modo de las del francés Casimiro Delewigne, parto de la mente de un natural conciliador empeñado en hallar entre opuestos extremos un punto de justa avenencia.

La crítica entonces pasó en España á aplaudir con frenesí el gusto nuevo. Pero este ¿en qué consistia? Eran las formas ó el alma de los escritos lo variado, y lo que generalmente se aprobaba que se variase? Hasta qué punto fueron nuevas las formas que usaban los autores y que los críticos aplaudian? se adaptaban bien á un espíritu nuevo ó servian de que en ellas se encarnase y tomase vida y se expresase el antiguo? Por último, ¿dura la mudanza entonces hecha en los preceptos para la composicion, ó se ha alterado hasta llegar la variacion novísima á ser completa vuelta al punto donde antes se estaba?

La mudanza á que se hace ahora referencia consistia en declararse otra la poesia de nuestra época que la de la clásica antigüedad, y engañosa imitacion la hecha de esta última, cuando se le copiaban las formas, si con pretensiones y hasta realidades de hacerlo fielmente, no sin alterarlas.

Por esto, vuelta la vista á las edades medias, hubo de considerarse que, viniendo en gran parte de ellas la cultura europea, la composicion debia tomar algo de la índole de aquellos tiempos, y de sus costumbres y religion, en vez de copiarlo todo de Grecia y Roma paganas, cuyo sistema social nada tenia semejante al moderno.

Por esto volvieron los españoles á adorar á sus autores de romances y comedias, en vez de tributar exclusivos cultos á los escritores de odas, canciones y eglogas al gusto griego, ó diciéndolo con mas propiedad al latino ó al italiano, ó á los poetas dramáticos, que seguian las reglas dadas por Aristóteles, Horacio, Boileau y sus varios comentadores, y al aplicarlas tomaban por norma las no del todo exactas aplicaciones que de ellas habian hecho los críticos y dramáticos franceses.

Pero este movimiento se efectuó en España recibíendose el impulso de Francia, clavada en ella la vista para admirar é imitar, y no solo tomando de allí la fé y el culto, sino adorando á las deidades extrañas que en aquel pais se remontaban á serlo, no sin contestárseles la legitimidad del carácter altísimo que se arrogaban ellas ó que les reconocian sus secuaces y devotos; y adorándolas con sinceridad y fervor, nada comunes en la tierra misma donde habian aparecido ni aun entre sus discípulos y elogiadores mas celosos.

Victor Hugo fué el dios de los españoles. Tambien compartia el inglés Byron el culto que al francés se tributaba; pero se le veia por lo comun vestido á la francesa.

Lamartine tenia adoradores, y no menos Walter Scott; pero este último solo como novelista, habiendo en este punto españoles que intentaron imitarle, si bien salian de su empeño con infelícísima fortuna.

Beranger asimismo gozó del alto valimiento á que es acreedor, y fué copiado; pero, en general, mas por razones políticas que por empaparse en los principios que sirven de basa y norma á su composicion, obra de grande arte, aunque sencilla.

Dos clases de innovaciones prevalecieron entre los críticos, la una en el espíritu de las obras y la otra en las formas: y, al decir esto, entendemos por doctrina crítica lo que se deduce del carácter de las composiciones publicadas y á la sazón acojidas con mas valimiento.

El espíritu de las composiciones aspiró en general á ser religioso, anti-materialista, patriótico, apasionado, intenso á la par que vehemente en los afectos, arrimado á la verdad efectiva mas que á la ideal, desviado de la concepcion poética antigua con su mitología, con sus perfrasis, y con sus ideas melindrosas, á las cuales repugnaba cuanto se salia un punto de cierta region á que los preceptistas tenian reducidos á los poetas. Algunas excepciones de estas cualidades se mostraban en los escritos y se aprobaban por los lectores y jueces; pero eran excepciones de unas de las calidades acabadas aqui de enumerar y no ciertamente de todas. Así, hubo quien, imitando á Byron, hiciese alarde de duda burlona de misantropía amarga; pero los que así procedian aun burlándose de toda fé no por eso pensaban ó se expresaban como creyentes en la fé literaria ó crítica de sus padres. La duda de Byron es altamente poética: la de Voltaire todo lo contrario, y si con algo de poesía, con aquella donde reluce el ingenio y no se ven la fantasia ni la pasion, prendas las primeras del ilustre poeta de la Gran Bretaña.

El espíritu de las composiciones aspiró asimismo á ser melancólico y tierno, teniendo presente que la melancolía habia sido con harta razon señalada como una de las mejores fuentes de la inspiracion por una insigne autora y crítica moderna.

Las mudanzas en las formas correspondieron á las hechas ó recomendadas ó aprobadas en el espíritu de las composiciones.

En la lírica volvieron á privar y á tener auge los romances, nunca del todo abandonados por nuestros poetas, ni despreciados por nuestros críticos, pues hasta los habia celebrado Quintana, y hacian papel en las obras de Melendez y Lista, habiéndolos aun en las de Cienfuegos.

Como nuestros poetas líricos de los siglos XVI y XVII, eran de la escuela clásica imitadora de Italia, desecháronse las formas por ellos dadas á sus canciones ú odas, y tomóse de Francia, y principalmente de Victor Hugo, el uso de variar de metros en una composicion, empleando los de la novel poesía francesa, no muy adaptables ni con grande acierto adaptados á la castellana.

En el teatro, mudada la forma entera del drama, quedaron desechadas las unidades de lugar y tiempo, sin seguir muy respetada la de accion, y además empezó á emplearse en un drama gran variedad de metros, segun hacian nuestros autores antiguos de comedias; costumbre esta última no abandonada ni aun en la época del clasicismo por Rodriguez de Arellano y Enciso Castrillon, poetas los dos escasos en mérito y fama, y renovada despues por Gorostiza, no sin aplauso en gran parte merecido.

Sin duda alguna, esta renovacion de la poesía y de la crítica era sobremanera saludable; pero pecó entre nosotros cabalmente por lo que habian pecado en su aplicacion y hasta en su teórica, si bien mucho mas en lo primero que en lo segundo, las doctrinas erróneamente llamadas clásicas, esto es, por ser planta de tierra extraña traída á nuestro suelo con poca inteligencia y plantada en él para dar frutos forzados, pobres, místios en color, escasos en fuerza y para el gusto de muy corto regalo, si ya no amargos ó desabridos. Esto va dicho en otros lugares y aun por quien escribe los presentes renglones; pero esto se debe repetir, aun á costa de hacerse fastidioso, siendo conveniente y necesario ser cansado en la predicacion cuando no se nota, y por otro lado se cree indispensable y posible de conseguir, la enmienda.

La melancolía fingida es de las cosas mas ridículas que cabe ima-

ginar, así como todo lo extremado, que, siendo real y verdadero, es sublime; así como toda hipérbole sacada de quicio; así como la expresión de fortaleza heróica convertida en hueca jactancia.

La melancolía misantrópica de Byron era en él una rareza á que daban realce las de su carácter y situación, y su fantasía vivísima, y su modo de sentir con vehemencia é intensidad extraordinarias.

La melancolía de los meditadores y sensibles hijos y habitantes de las regiones septentrionales, cuadra mal y solo por ficcion puede cuadrar á los naturales y moradores de tierras alumbradas por un sol casi de continuo resplandeciente, donde todo brinda al regocijo, ó á una muelle inercia, en la cual hasta el pensamiento poco ó nada trabaja, haciéndose la existencia en gran manera vegetativa y sensible sobre todo á los deleites materiales.

En las formas de la composicion lo que mas agrada y debe agrada es lo creado por los escritores cuyas obras han formado nuestro gusto. Así la crítica y poesia modernas en España acertaban recomendando ó empleando gran parte de los metros y de la dición de que hicieron uso nuestros mejores hablistas y versificadores, y erraban acomodando la novísima versificación francesa á nuestro idioma.

Las doctrinas innovadoras tomaron el nombre de romanticismo; nombre puesto á cierta clase de máximas críticas y á las obras donde eran aplicadas por insignes autores alemanes; nombre adoptado por los franceses para bautizar las novedades introducidas en su literatura; llevado asimismo á Italia y allí acogido; y por algun plazo dominante y traído á nuestra España, donde privó con el carácter de cosa de moda, la cual extiende á la region literaria su jurisdiccion omnipotente.

El romanticismo pasó ya, y ha venido á ser hasta ridículo, gracias á las extravagancias á que ha servido de capa y abogado; gracias á haberse hecho voz del vulgo, entendiéndose por ella mil cosas diversas é incoherentes; y gracias, mas que á lo antes dicho, á su carácter equivoco, en virtud del cual siendo género tan falso cuanto el que se vendia por clásico, mal ha podido conservar su aceptación despues de haber dejado de patrocinarle la moda.

Ademas en Francia, nuestra maestra, van queriendo autores y críticos volver á la escuela clásica de su nacion, despues de haberla abandonado y vilipendiado. Quieren, y no lo consiguen, y es fortuna que se les malogre su intento, si bien debe considerarse que lograrlo de todo punto era imposible. Cierta cadena de tradiciones sigue mientras no

se quiebra con engañosa apariencia de solidéz, y respetada, aunque mal observada, pero si se llega á quebrar no hay fuerzas humanas bastantes á restituírle su ser antiguo ni en la práctica ni en una teórica cuerda.

La crítica novísima en España va estando por el renacimiento de la escuela clásica, pero es de notar que logrará, si esto pretende, menos todavía que la francesa contemporánea, y sobre todo por una razón, y es, porque lo clásico en España no es lo que por tal pasaba á mediades y fines del siglo próximo pasado y á principios del presente, sino una cosa muy diversa.

El romanticismo español, bien entendido, debería ser así en la esencia como en el nombre, elasicismo. Tal ha sido en verdad dictado por juiciosos críticos ó reducido á práctica por entendidos escritores. Ha sido su desdicha, mas que en otras partes, servir de título á composiciones informes; parto de hombres en quienes solía ser escaso el ingenio, y era con frecuencia el saber casi ninguno. Habiendo los españoles venido á una época en que, invertido el órden, se pasa á escribir antes que á leer, y se acostumbra seguir escribiendo sin dedicarse á la menos cómoda y provechosa tarea de la lectura, ha llegado á suceder que, en las composiciones, en las reglas que á estas sirven de norma, y en los juicios críticos, una ignorancia supina, empleando un lenguaje incorrecto con afectacion de brillante, donde se equivocan con ideas frases peregrinas que ninguna encierran, ha prevalecido, pasando por imaginacion, por ingenio, por ternura, por filosofía, por muestra, en suma, del adelantamiento de la edad presente. ¡Oh! á cuántos trozos bien sonantes, ó por decirlo con propiedad, altisonantes, á cuántas frases con pretensiones de novedad ingeniosa, á cuántas censuras con humos de consideraciones filosóficas, podria con cabal justicia aplicarse, si se fuese á averiguarles el sentido, los tan famosos versos con que concluye el repetidísimo soneto de nuestro Burguillos ó Lopez!

¿Entiendes Fabio lo que voy diciendo?

y ¡cómo si lo entiendo! Mientes Fabio

que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

Pero la indignacion contra los desvaríos, ó llámense culpas, no debe sacar al juez de los límites de la razón y justicia para llevarle á anatematizar máximas ciertas y sanas cuyo abuso ha producido graves daños, si bien es cierto que debe meditar bien si son ciertas ó sanas las máximas que llevadas á ejecución dan con frecuencia lo que

parece abuso, y rara vez lo que pueda ser calificado de uso saludable.

En sentir de quien escribe estos renglones, dos cosas son ciertas, á saber; que la escuela clásica es la única que debe ser seguida por críticos y autores, y que la escuela clásica no es la que pasaba por tal en España al comenzar el siglo presente, y no lo es, sobre todo, para los españoles, porque la verdadera tiene doctrinas propias para todos los pueblos y tiempos, y otras al revés, que deben variar segun sean las naciones ó las épocas en que las doctrinas han de ser predicadas y obedecidas.

Clásicos llaman los ingleses á varios de sus autores en colecciones que de sus obras hacen, donde van comprendidas las producciones de Shakespeare, las de Milton y aun las de Addison.

Clásicos son para los franceses Corneille, Racine y Moliere con algunos de los escritores antes olvidados y ya un tanto vueltos á estimar del siglo XVI y varios de los posteriores.

Clásicos son en Italia así Dante como Tasso y Ariosto, aunque los nomencladores modernos hayan pretendido dar la calificación de romántico al poema del Orlando furioso, y la de clásico al de la Jerusalem libertada, no pudiendo determinar cuál de las dos conviene mas al portento de la «Divina comedia.»

Por último, como clásicos habrán de ser mirados en Alemania sus Schiller y sus Goethe, ya huyan del drama griego como el primero en su Walleustein y demas obras, ya le copien como el segundo en su Ifigenia.

Y clásicos serán entre nosotros nuestros grandes escritores de los siglos pasados entre los cuales ocupará Calderon un lugar preferente, no cabiendo poco distinguido puesto á Rojas, á Alarcon, á Tirso y á Moreto.

Porque, bien mirado, el clasicismo francés distaba bastante de ser fiel reproduccion del griego, y la verdadera escuela clásica es la que toma ciertos principios de belleza, y luego hace en ellos variaciones y los adapta á las costumbres, á la historia así política como literaria, y al gusto de cada nacion, acompañando á estas mudanzas las que dicta el buen juicio hacer aun en el mismo pueblo en cada época respectiva.

Vuelvan enhorabuena los franceses á mirar como dioses de su olimpo literario á los grandes autores de la edad de Luis XIV el Grande. Dignos son en verdad de admiracion, hayan dicho cuanto quieran sus detractores. Pero si merecen alabanza no es solo por haber imitado á los griegos, de los cuales se desvian no poco, si en gran parte por otro

lado los siguen. Fundieron en su manera la imitacion con la obediencia á las ideas de su siglo, y, conservando mucho del tipo de la belleza antigua lo ataviaron con las galas de su tiempo, desfigurándolo en algo, conservándolo en otros puntos, y aun variándole si no con mejora sin menoscabo, la hermosura, y por último, en otros rebajándole no poco de sus perfecciones.

Vuelvan á su culto, y á imitar lo que de nuevo admiran, si bien de tal manera imitándolo que bien se nota en las renovadas imitaciones haber mudado bastante en la copia, no ya, como las antes hechas, servil, encojida y mustia, sino libre, valiente, y con colores vivos por lo mismo que están variados. La aplaudida tragedia de Lucrecia por M. Ponsard, ensalzada en calidad de obra correspondiente á la escuela clásica antigua francesa, dista no poco del tono y aun algo de las formas de la tragedia de Corneille, Racine, Crebillon y Voltaire, y dista infinito de ser lo que eran las producciones inferiores con las mismas formas, asi las del siglo XVIII como las del XIX de Chenier, Briffaut, Joui, y Arnault, recibidas no há muchos años con aceptacion suma en Francia. Bruto, haciendo de loco, y contando fabulillas, habla conforme á la historia, pero se aparta de la tiesa dignidad de que no era lícito á los trágicos franceses desviarse una sola línea.

Prosigan los ingleses, aunque en lo general con nada feliz suerte, copiando las formas de Shakespeare y de otros dramáticos célebres y de no corto mérito del reinado de Isabel [y de Jacobo I, y aun de los de Carlos I y II como Massinger y Otway, que, al hacer asi, clásicos ingleses son como clásicos franceses los que siguen, con las alteraciones convenientes las huellas de los autores del siglo de Luis XIV.

Tome la poesia suelta en ambas naciones el tono en parte antiguo y en parte nuevo que cuadra con la situacion presente de los pensamientos y afectos de autores y lectores y con la veneracion debida á los grandes maestros y al giro por ellos dado á su lengua y aun al estilo.

Hagan lo mismo los alemanes para quienes es clásica la literatura de principios del siglo XIX y fines del XVIII, por mas que romántica se apellide.

Fluctuen los italianos entre las formas llamadas clásicas y las románticas, y usen de ellas mezcladas; porque en su tierra donde la edad media algo conservó de la antigüedad, y donde Ariosto tiene mucho de clásico, y Tasso no poco de romántico, y donde son hoy venerados Alfieri y Manzoni, hay lugar para todos los géneros sin salirse de una region tan espaciosa cuanto vária.

Pero entre tanto, ¿qué doctrinas prevalecen en nuestra España, y cuáles, en sentir del autor de estas páginas, conviene que prevalezcan?

Bien puede decirse que nuestra crítica actual apenas sabe lo que aprueba ó condena, ó á qué aspira. Y no porque falten claros, agudos, y sanos ingenios que á ella se dediquen, ni conocimientos en quienes tal obra emprenden, sino porque domina aun en los entendidos é instruidos cierta confusion de ideas nacida de varias causas.

Mucho ha adelantado en novísimos tiempos la crítica, que, tomando el título de trascendental, ha remontado el vuelo y penetrado en regiones adonde los antiguos críticos no osaban alzarse, ni lo pretendian siquiera, contentos con ceñirse al exámen de las formas asi en sus hechos como sus preceptos.

Pero á grandes atrevimientos van anejos no menores peligros, y es muy fácil perderse en las nubes quien se aleja de regiones inferiores, no llevando consigo suficiente lastre. En la crítica filosófica que intenta juzgar algo superior á las formas, suelen ir hermanados los desbarros con los aciertos, unos y otros en calidad y cantidad mayores que los que se cometen ó logran en empeño mas humilde; lo vago y lo confuso con lo sutil y penetrante, y las consideraciones filosóficas tan ciertas cuanto nuevas con el alambicar del pensamiento hasta evaporarle. Comun es que digan ó cosas muy falsas ú otras que nada significan aun los mejores ingenios, cuando, yendo á caza de novedades á mucha altura, pierden el rumbo y el tino.

Esto acontece á infinitos críticos asi extranjeros como españoles, de varias de cuyas páginas, escritas con brillo de estilo y gala de dición, si bien se puede sacar alguna idea nueva y otras exactas, es frecuente no ser posible extraer mas que voces, cuyo sentido es ó ninguno, ó trivial ó falso.

Sin querer quien esto escribe rebajar el mérito de la crítica nueva, á la cual reputa y declara preferible á la antigua, se vé forzado á preguntar cuál es la doctrina que puede reconocerse ó colegirse dominante hoy en nuestra España.

Siguiendo á los franceses de los siglos XVII y XVIII, apostatamos hasta cierto punto de la literatura castellana antigua. Siguiéndolos doce ó trece años há renegamos de nuestra fé literaria moderna. Siguiéndolos ó no siguiéndolos, escandalizados, y justamente, de errores novísimos, propendemos á trocarlos por otros, como intentando reponer las cosas en el estado en que estaban á principios del siglo presente, ó á perdernos en un laberinto, donde con censuras cuáles fun-

dadas, cuáles injustas de lo recién pasado y de nuestros días, van justos preceptos no siempre hijos de la prudencia y del tino, y casi nunca claros.

¿Qué significa, por ejemplo, declamar contra el teatro francés irregular de Dumas y Hugo, y pretender que se le sustituya el nuestro? Acaso no se conforma nuestro gusto mas con el de estos autores franceses, aun siendo sus obras de no gran valer, que con el de Corneille y Racine, á pesar de su mérito altísimo é indudable?

Y ¿puede tal vez renovarse puntualmente nuestra literatura de otros siglos? Y sería renovacion puntual la que asi pareciese? Puede haber comedias de capa y espada, cuando la una y la otra están ya casi fuera de uso? ¿Imitaria bien quien hiciese, en vez de como hicieron, lo que hicieron nuestros mayores? ¿Quién seria un segundo Velazquez, si haberle pudiese, el que pintase personajes contemporáneos con el peinado y traje de los del día de Felipe IV, ó el que diese al ropaje y corte de pelo de nuestros días la verdad y el brio con que el gran pintor trasladaba al lienzo los accidentes de las figuras que reproducia, á fuer de exacto y animado copiante de la naturaleza?

Sean críticos y escritores, aconsejando los unos y ejecutando los otros, observantes de ciertas máximas cuya verdad parece evidente al autor de estos renglones.

Supuesto que España es España y no Francia, ó Italia ó Alemania, ó Inglaterra, pero que la España del siglo XIX no es la de las edades pasadas, atempérense para no recomendar ó hacer una servil imitacion de los extraños, al gusto literario castellano, y, para no intentar hacer ajustadas y no por eso fieles copias de los antiguos, al gusto del tiempo presente.

Venérese la clásica antigüedad é imítesela, pero entendiéndola, pero imitándola en lo imitable, porque nace la equivocacion del gusto clásico de la mala inteligencia del que reinaba en los pueblos de la antigüedad y de copiarlos con poco acierto, sobre todo en gran parte de sus formas.

Grecia fué el país donde la literatura tuvo el carácter de sencillez, espontaneidad y verdadera belleza que debe servir á todos de modelo para admirado y seguido. Pero al seguirle debe cada pueblo hacer como hicieron los griegos, esto es, que la composicion y concepcion sean productos de su fé, de su historia y de sus costumbres.

Dése culto á lo bello, pero no se tome por tal lo afectado. Bús-

quese la belleza en el natural mejorado, como hacen los pintores, y no en lo que entre ellos se llama la *manera*.

A quien con demasiado rigor afee ó la mezcla de lo humilde con lo elevado, ó la pintura de lo feo y aun lo grotesco, recuérdese que entre los mismos griegos, maestros de la belleza ideal, los poetas trágicos no desdeñaban usar imágenes ó pintar personajes vulgares hasta con grosería, y que Homero puso como cosa de reír en el Olimpo á Vulcano y en la tierra á Tercites.

Convéngase en que la índole de cada pueblo y de cada lengua dicta ciertas modificaciones en el gusto, modificaciones tales que sin variarle del todo en no poco le alteran.

Proclámese no ser insignificantes las formas, pero sí que se dan por bellas ó por necesarias muchas, cuya belleza depende de ciertas circunstancias, y, desapareciendo estas, deja de serlo, ó cuya necesidad dista infinito de ser cierta.

Por último, promúlguese por la crítica la necesidad del estudio. Sin él hay privilegiados ingenios que se elevan á la mas sublime altura, pero las excepciones prueban la verdad de las reglas en vez de desacreditarlas, y, ademas, bien será tener presente que los ingenios privilegiados á que se alude suelen carecer de toda literatura en sus principios y no tener siquiera ni una instruccion superficial y escasa.

Y, contrayéndonos á nuestra España, entiéndase que del estudio reflexivo de la literatura castellana, poniéndola en cotejo con la antigua clásica de Grecia y Roma, y mas con la de la primera que con la de la segunda, y atendiendo ademas á las consideraciones filosóficas de la edad presente, que buscan en todo cuanto constituye la vida de un pueblo en todas épocas la regla de lo que es y debe ser literariamente considerado, deben nacer las doctrinas críticas que sirvan á los ingenios de freno y guia, pero no de primer impulso motor en la composicion, y á los censores de leyes con ilustrado espíritu entendidas, y con imparcialidad aplicadas en sus sentencias y predicaciones.

ANTONIO ALCALA GALIANO.

Escorial y agosto—1847.

